



El escritor Arturo Muñoz se adentra en su libro en el conflicto de ETA a través de Paco, un guardia civil granadino destinado a Bizkaia. IDEAL

## «La gente que no ha sufrido el terrorismo de ETA es más radical por ignorancia»

**Arturo Muñoz** Autor de 'Por un túnel silencio'

El escritor presentará hoy en Vitoria su libro 'Por un túnel de silencio', un relato de no-ficción en el que renuncia a mostrar una verdad absoluta

ELENA JIMÉNEZ



VITORIA. En los años más cruentos del terrorismo de ETA, el escritor Arturo Muñoz (Granada, 1986) trataba de aferrarse a la idea de que a su padre—el escritor y premio Príncipe de Asturias de las Letras Antonio Muñoz Molina—no lo iban a matar. «¿Para qué iban a matar a un novelista? La banda solo mataba a jueces, a políticos, a guardias civiles, a militares. Pero mi padre me había dicho que Fernando Savater tenía que ir con escolta a todas partes», refiere dubitativo en la novela de no-ficción 'Por un túnel de silencio' (2022, Pepitas de Calabaza), que hoy presentará en la sala Kulturunea de Dendaraba (19.00 horas). En el acto, el joven autor se verá arropado con las intervenciones de los historiadores Virginia López y Antonio Rivera. El relato se lee desde la voz de Paco, un joven guardia civil gra-

nadino destinado forzosamente a Bizkaia entre 1971 y 1977. Bajo su figura y las contradicciones de un relato testimonial se estructura una narración casi en primera persona. «No, no, vamos a ver. Yo no detuve a Henri Parot. ¿Está la leche bien o la caliente otra vez? No podemos terminar tarde porque hay que ir a recoger a mamá». Así comienza un libro en el que las palabras surgen de sus protagonistas sin filtros.

—Paco Trassiera, un guardia civil que había pertenecido a los grupos de información desplegados en Euskadi a finales de los años setenta, es el padre de su amigo Mario y de sus conversaciones intuye que ahí hay una historia. ¿Es así?  
—Desde pequeño, los atentados de ETA me habían atemorizado, en parte porque me daba miedo que a mi padre, una figura pública muy marcada en contra de ETA, pudiera ocurrirle algo. Por eso tenía una simpatía instintiva hacia cualquier persona que pudiera desactivar ese peligro. Lo primero que me cuenta mi amigo Mario es que su padre era uno de los guardias civiles que había detenido al terrorista Henri Parot en los noventa. Y cuando lo conozco, hago una asociación con esa idea infantil. Quizás podría haber sido una de las personas que salvara a mi padre si le ocurría algo.

—¿Resulta ser cierto?

—En seguida descubro que Paco fue destinado a Euskadi en los últimos años del franquismo. Me entero, además, de que pertenecía a un grupo de información que tenía al capitán Hidalgo como jefe, descrito en todos los testimonios como un torturador. Ahí empieza a enredarse todo. También porque Paco no tiene una visión de sí mismo como héroe de nada. Yo le preguntaba por sus sentimientos y él se iba a los datos históricos.

—Ese desapego por su biografía queda registrado en el papel.

—Me parecía importante. Yo no sabía hasta qué punto que él no hablara de su historia respondía a un miedo de que yo descubriera cosas oscuras que había vivido de cerca (porque había actuaciones policiales de compañeros suyos en la prensa) o si era una falta de conciencia dramática de su vida, de no ver que lo que le había sucedido era lo suficientemente relevante para contarlo. Lo cual me parece un poco triste porque estas personas no son capaces de verse a sí mismas como víctimas.

—¿Qué le otorga esa medalla de verdugo?

—Los guardias rasos han sufrido humillaciones por sus superiores de un extremo inimaginable. Paco tenía una herida de los años

en los que había estado allí, pero también conservaba una reserva militar. A la par era un amante de la cultura vasca y, con sus características, contradecía el tópic del guardia civil facha y simple, un prejuicio que yo compartía en alguna medida. Como no fui capaz de acceder a los abusos policiales a través de su figura, me empué hasta que conocí otra gente que me contó los mismos hechos, pero del otro lado.

—En el libro, la verdad es un fogaño y luego desaparece.

—De lo que estoy contento es de no haber dado por buenas las conclusiones a las que iba llegando, de haber concluido algo y unas páginas después decir que no era exactamente así. La verdad es muy complicada, muy ambigua e incómoda, pero existe y el hecho de que sea muy difícil conocerla no debe hacerme abandonar.

—No es posible, entonces, armar un final.

—Hay hechos públicos que son inegables y yo no los conocía tanto. Las personas tienen incoherencias, pero no se puede obviar que se fusilaron a cinco perso-

TESTIMONIOS

«Lo que sobrevive a todas las dudas es una sensibilidad al sufrimiento»

nas en septiembre del año 75 o que mataron a Andrés Segovia por la espalda en las vías del tren. Es importante afrontar esos hechos y no justificarlos, pero eso es el papel de la historia. La literatura renuncia a un relato coherente porque las personas no lo somos.

**Sin cautela, con la guardia baja**  
—¿Se nos escapan tan fácil esas contradicciones?

—Tienes que tener paciencia. Si esperas a que la gente hable, al final, por algún lado, su discurso se quiebra, falla, se contradicen, admiten una duda, se compadecen del que era su adversario y muestran una humanidad que no es esperada. Y es que lo único que sobrevive a todas las dudas del libro es una sensibilidad al sufrimiento de las personas individuales, más allá de mi búsqueda de unos buenos y malos, que es algo muy difícil de esclarecer. Lo que decimos que es nuestra ideología no nos determina tanto, me interesa más lo que la gente hace y dice cuando baja la guardia.

—Nació en los ochenta en Granada. En algún momento fue un niño que vivió el terrorismo de ETA, pero estaba algo alejado de su territorio geográfico. ¿Era consciente de que su publicación podía levantar ampollas?

—No. Durante mucho tiempo (las primeras entrevistas con Paco fueron en diciembre de 2017) la única preocupación que tuve era escribir el libro. Estar lejos de allí, ser un poco inconsciente, no pensar en lo que podría suceder... Creo que eso me ha dado una libertad grande, que es como hay que escribir, sin ninguna cautela.

—La historia de los 'años de plomo' ha sido mil veces contada. ¿Corre el riesgo de agotarse o de cansar, al menos a aquellos que no lo han sufrido?

—Cuando me sumergí en el proceso de documentación, yo veía que nada de lo que leía respondía a mis dudas. Esos años de transformación en los que se ambienta el libro no han sido tan estudiados como otros. Y, cuando tú escarbas un poco, encuentras historias inverosímiles que darían material durante décadas.

—Al viajar a Euskadi, ¿qué recuerdos permanecían de ETA entre las nuevas generaciones?

—No he conocido a muchos jóvenes, pero a través de personas que he entrevistado sí que he visto que la gente que no ha sufrido el terrorismo de cerca son más radicales que aquellos que lo sufrieron. Por eso es importante contarlo. Hay que moverse más en el terreno de las personas que en el de las ideas.

—¿Somos radicales por ignorancia?

—Yo creo que sí. También es posible ser culto y leído pero, por lo general, es difícil que seas simple en tus ideas y, cuando pasas de lo abstracto a lo concreto, resulta más difícil ser radical.